La esperanza desesperada en «No oyes ladrar los perros», de Juan Rulfo [1]

Ada Aragona

«—Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.» (*Ob. cit.* p. 114).

Esta frase pronunciada por el padre de Ignacio, abre el cuento de Juan Rulfo, y ya se puede advertir en esa búsqueda de «algo» que dé señal de vida humana, un soplo de esperanza inútil, aunque necesaria.

Los dos hombres caminan formando una sola «sombra larga y negra» *(Ibid.),* pues Ignacio, herido, va agarrado sobre los hombros de su padre, quien se mueve con mucha dificultad, por la triste carga y por el terreno abrupto en que se encuentra, «trepándose a las piedras» *(Ibid.).* Los dos van buscando un pueblo desconocido por ellos: «Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte» *(Ibid.),* indica el padre, y más adelante se queja: «Este no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro» (p. 115); pues allí «dicen» que hay un médico; así que toda una esperanza basada en vagas e inseguras noticias, en datos no muy bien precisos y claros.

A cada pregunta anhelosa del padre, Ignacio contesta siempre con negativas secas y frías, incluso ásperas, sin dejar lugar a una posible luz de esperanza: «No se ve nada», «No se oye nada», «No veo rastro de nada», hasta, después, ni decir esto, ni contestarle siquiera.

Sin embargo, el padre sigue andando aunque sus fuerzas ya casi le abandonan, pues además, no puede descansar y sentarse, «porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo», que «horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda» (p. 114). La sombra «tambaleante» de los dos hombres ya está rodeada por una atmósfera de muerte y desolación, iluminados por la luz de la luna que es «como una llamarada redonda *(Ibid.),* y aún después, «grande y colorada» (p. 115), que está jugando con esa mustia sombra, en una soledad angustiosa.

Mientras tanto, sin rumbo, «a tropezones» *(Ibid.)* empujados por la débil esperanza de llegar, por fin, a ese pueblo desconocido, hablan con frases lacónicas, que ya llegarán a ser un amargo monólogo del padre, intercalado por pocas, flébiles palabras de Ignacio, que ya no escucha más lo que dice su padre, pues ya se fija sólo en su sufrimiento físico: «Quiero acostarme un rato» (p. 116), «Tengo sed», «Tengo mucha sed y mucho sueño» (p. 117), dice con voz que ya se ha vuelto «quedita, apenas murmurada» (p. 116).

Bajo la luna que sigue subiendo y cambiando de color, «casi azul» *(Ibid.),* dando la sensación, con sus nuevos, variados matices, del aproximarse de la muerte, el pobre

---

[1] JUAN RULFO, «No oyes ladrar los perros», en *El llano en llamas.* Fondo de Cultura Económica, México, 1970, II.ª ed.: Las citas se toman de esta edición.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Ada ARAGONA. La esperanza desesperada en «No oyes ladrar los perros» d...
Centro Virtual Cervantes

viejo camina sudando y hablando, sin poder oír ningún ruido que le advierta que está llegando al pueblo deseado, pues tiene «la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo» *(Ibid.)*. Y empieza a contar su desventura en tener un hijo así, que le dio sólo «puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas» *(Ibid.)*, alternando, en su discurso, el «tú» cariñoso de cuando le pregunta cómo se siente o «¿Te duele mucho?» (p. 115), a un frío, alejado «usted» al reprocharle su vida, en que «andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena» (p. 117). Esta alternancia nos destaca perfectamente el estado interior del padre: su sentimiento de angustia y pesar que le sugiere el entrañable «tú», y el sentimiento de indignación y disgusto, su decepción ante un hijo que no reconoce como suyo porque no se le parece, que le hace expresarse con el «usted»: «Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo» (p. 116). Y más adelante: «para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido» (p. 117).

Confiesa así que sólo el recuerdo de su mujer le empuja a hacer lo que está haciendo, que sólo por ella está procurando salvarle de la muerte, pues: «Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré» (p. 116). Hará lo imposible por llegar a ese pueblo para que lo curen, aunque considera, tristemente receloso, que todo su esfuerzo será inútil, pues «en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos» (p.117). Prefiere ya no saber de él, que se vaya lejos; el único hilo que aún une a los dos hombres es tan sólo el recuerdo de la mujer y madre muerta. Y mientras reprocha a su hijo, sigue preguntándole, impaciente, si ve algo, si oye algo, recibiendo negativas y quejas de dolor estrictamente físico. Otra preocupación del padre es que, siendo ya muy entrada la noche, el pueblo esté a oscuras, y la única esperanza es entonces el ruido del ladrar de los perros, que indique la cercanía del ansiado lugar. Pero sólo Ignacio puede escuchar los posibles ruidos alrededor y a él no le importa nada lo que hay alrededor, él sigue quejándose: «Tengo sed», «Dame agua» *(Ibid.)*. Y ni agua hay en el paraje áspero y seco que están atravesando, así que: «¡Aguántate!», le contesta el padre.

Este continúa recordando la infancia del hijo y su carácter «rabioso», ya desde entonces; recuerda aún las esperanzas y los proyectos de la madre por este único hijo, y amargamente considera: «El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas» (p. 118).

De repente, el padre puede notar algo distinto: el pesado bulto que lleva encima, el ya agonizante cuerpo de Ignacio, empieza a desprenderse y a tambalear, su cabeza tiembla y a él le parece que está llorando, «como si sollozara» (p. 118); esta impresión la advierte también por unas «gruesas gotas» que percibe sobre su cabello, «como de lágrimas» *(Ibid.)*. Y equivocando la señal de la muerte con un dolorido indicio de arrepentimiento, le pregunta, con matiz ya más cariñoso: «¿Lloras Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad?» Y prosigue recriminando: «Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad» (p. 118). Su pena es infinita y supone que, por fin, también su hijo se hace cargo de ella, no espera contestación, le basta con imaginar que su hijo siente su mismo dolor.

Al fin la claridad de la luna le permite divisar los tejados del anhelado pueblo, sus fuerzas ya le abandonan definitivamente, y en cuanto imagina la posible salvación del hijo con sólo llegar al margen de la población, suelta la dolorosa carga del cuerpo «flojo», «descoyuntado»; le cuesta trabajo hacerlo, pues ya comienza la rigidez cadavérica, que aún él ni supone.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Ada ARAGONA. La esperanza desesperada en «No oyes ladrar los perros» d...
Centro Virtual Cervantes

Ignacio está tendido en el suelo y todavía el padre no llega a enterarse de la penosa realidad, ni siquiera sospecha que su hijo ya no le puede oír.

Esto lo reafirma la frase final del cuento que es otro, inútil, reproche. La señal tanto ansiada y esperada, llega por fin a los oídos del padre, ahora libres del abrazo mortal del hijo, «por todas partes ladraban los perros» (p. 118). Esta última percepción le proporciona una amargura, pues supone que el hijo le ha estado engañando y, decepcionado, su reacción no puede ser si no la que cierra el cuento: «¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.»

BOLETÍN AEPE Nº 29. Ada ARAGONA. La esperanza desesperada en «No oyes ladrar los perros» d...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes